

PASTOR DÍAZ, NICOMEDES (1811-1863).

LIBERTAD

Hay palabras que han ejercido mucha influencia en la suerte del mundo; palabras que tienen el privilegio, más que de significar una idea, de representar una situación entera, próspera y venturosa; de excitar en el corazón del hombre una serie de sentimientos elevados, simpáticos y generosos, que a su sola voz vibran, y a su voz se ponen en movimiento. Palabras que no se pueden definir ni explicar, porque la impresión que excitan, no cabe en el círculo de ninguna explicación ni análisis; palabras que, como las voces de mando o los toques de ordenanza de un ejército, tienen el poder de imprimir a las masas movimiento, marcha y dirección; de hacer que, al oírlas, la sociedad se conmueva, y evolucione, y gire, y vuele, a su son, a la conquista, a la victoria, a la felicidad, a la gloria; otras veces también a la muerte y al exterminio.

Pero estas palabras, que significan mucho para la sociedad, suelen perder su significación, y desvanecerse en proporciones, como una niebla que se toca, si se quieren aplicar al individuo; si se quiere calificar con ellas un período breve y limitado de tiempo, o un reducido círculo de hombres; si se pretende que signifiquen una situación, que no corresponde a la época en que se inventaron. Sobre todo, si se las transporta de una sociedad ruda y naciente a una civilización refinada; de un pueblo que nace o se regenera, a una Nación que ha pasado ya las grandes crisis de su vida social, y que vive y vejeta en el reposo de una condición estable, de una organización política afianzada y duradera.

Entonces esas palabras no son más que memorias. Son bellos recuerdos, gloriosas inscripciones de grandes hechos, de memorables acontecimientos. Cuando el corazón palpita al oírlas, muchas veces no sabe darse razón de por qué se estremece y se afecta, pues que sólo una quimera representan. Es que no son una ilusión, como se cree; es que no son palabras vacías y vanas, como llamaba Bruto a la virtud. Son palabras de cosas, de grandes cosas que han existido: son palabras históricas, palabras monumentales, palabras que consignan los sentimientos que animaban a los pueblos, como los restos de sus ciudades atestiguan el estado de sus artes y de su condición material.

Entonces esas palabras excitan un entusiasmo de antigüedad, como el que despiertan los nombres de Babilonia, de Palmira, de Memphis o Cartago. La imaginación se engaña cuando quiere prestarles ahora formas, y buscar en la actualidad su existencia pasada. Buscando la realidad de lo que no es más que un recuerdo, fácil es que ni una ilusión, ni un fantasma encontremos, sino una voz, una palabra; y aun acaso ni una voz: un eco solo. Empero este engaño es muy frecuente. Los pueblos tienen períodos de alucinación, como los individuos, en que la fantasía puede más que la sensatez y la razón, de cuyo frío e insuficientes. Nosotros nos acordamos de cuando en la dichosa edad de nuestros estudios clásicos, no nos podíamos persuadir de que era pasado la Historia, y de que no era verdad la fábula. Vivos estaban a nuestros ojos los héroes de Homero y de Virgilio, en pie todavía los templos de Éfeso y de Corinto. Queríamos ir a consultar el oráculo de Delfos,

y a visitar la encina de Dodona. Nos parecía que a lo menos las ruinas de Troya existirían, y suspirábamos por visitar la Grecia, creyendo que hallaríanlos aún, las islas del Archipiélago cubiertas de palacios y pórticos de mármol, pobladas de ninfas sus riberas, y embalsamada de ambrosía y perfumes la brisa de sus encantadas playas. Eran aquellos entonces nuestros sueños de oro; y cierto que no nos fue grato despertar de ellos a la triste verdad.

Y así también como esos recuerdos, y como esas historias, y como aquellas hazañas, y aquellas hermosuras, y aquellos poéticos cantos, hubo un tiempo, unos días, -no muy lejanos, por desgracia,- en que sonaban también en nuestros oídos, y nos conmovían hasta la médula de nuestros huesos, bellas y sonoras palabras, en cuya realidad creímos, y cuyo objeto buscamos ilusos y seguimos anhelantes con un ansia tal, como acaso no volveremos a sentir en nuestra vida por objeto alguno. De esas palabras mágicas, de esas palabras que acaloraban nuestra sangre, y duplicaban los latidos de nuestro corazón; de esas palabras, que al circular en la atmósfera abríamos los labios para aspirarlas, porque nos parecía que aspirábamos en ellas fuerza y vida, era la más bella sin duda la palabra Libertad.

Sí: era muy bella. Jamás se ha pronunciado otra, que más indeleble impresión haya hecho en nuestros corazones. Hoy es, y todavía palpitanos al recuerdo de aquellos momentos de ilusión y de esperanza.

Éramos inexpertos en los negocios del mundo, en los intereses de la vida. Habíamos pasado una juventud triste, habíamos llorado y compadecido las desgracias de un partido, a cuyos hombres debíamos creer sabios y virtuosos: habíamos visto la tiranía estéril de un Gobierno mezquino y opresor: nos habíamos creído vueltos por él a la barbarie oriental, y separados de la comunión europea. Habíamos pensado que estábamos condenados para siempre a carecer de prosperidad, de gloria, de ciencias y de artes, de comercio y riqueza, de grandeza y de virtud; todo esto por un hecho solamente, por un poder, por el mágico conjuro de un nombre ominoso. Habíamos oído decir que todo esto cambiaría, si otro nombre se pronunciara, como cambian a la voz de un silbato las decoraciones teatrales.

Aquel nuevo nombre se pronunció: la palabra *libertad* sonó. Fue para nosotros un feliz momento, sí. Pudo ser una ilusión, pero fue una ilusión muy bella. La aclamamos, la adoramos. Aquel fantasma fue un ídolo; fueron los amores de nuestros primeros años. Y luego, ¡era tan grande y tan bella la persona que simbolizaba ese nombre, y que era la primera a pronunciarle!

Hermosa apareció entonces, como ella, y grande la *libertad*; bella, y pura, y generosa, y desinteresada, y llena de porvenir y de gérmenes de felicidad. Bella para nosotros; bella para el pueblo; bella para el Trono; bella para la sociedad; bella para la Religión; bella hasta para sus enemigos, a quienes compadecíamos por su obcecación; bella, por lo mismo que entonces se nos presentaba existiendo por sí sola como un ser real y positivo; bella y pura, como es bello el amor cuando no es interés; como es bella la amistad, cuando no es egoísmo; como es bello el placer, cuando no es corrupción. Media España voló por ella a la muerte. Acaso sólo una ilusión podía obrar tanto prodigio.

Triste hubo, pues, de ser el momento en que nos convencimos de que era una ilusión; y en que, vueltos de nuestro arrebató, quisimos darnos tranquilamente cuenta del objeto de nuestros deseos y del ídolo de nuestras adoraciones. Como todos los sentimientos que conmueven poderosamente la existencia, cuando nos dijeron que la habíamos tocado, nos pareció que se había desvanecido. Como la gloria, como la ambición, como el amor, tal vez nos había parecido grande a lo lejos. Era una nube dorada por el sol, con hermosos cambiantes, a través de la distancia y sobre la altura: cuando llegamos a ella, era humo y vapor nada más. Como otros bellos nombres, como otras encantadas ilusiones, que se habían ido desprendiendo de nuestra existencia, hubo un momento en que renunciamos también dolorosamente, a la ilusión de la libertad, sino la última, la más ardiente de nuestras esperanzas, la más viva de nuestras creencias.

No acriminen nuestros adversarios nuestras palabras. Tristes son y con dolor las pronunciamos. No añadan ellos la calumnia de sus odios a la amargura de nuestro desencanto. Las penas con que su tiranía diariamente nos amenaza, no pudieran igualar a la que nos causa nuestra triste convicción de hoy. Ellos son, también, los que nos la han causado: ellos son, acaso, los que nos han hecho llegar, más tarde de lo que debíamos, a la ingrata verdad de un amargo desengaño. No agraven ahora su culpa con culparnos de ello a nosotros. Contamos un hecho, y el hecho no lo hemos nosotros creado.

A nosotros nos han llamado liberticidas alguna vez; y si hay entre los actuales partidos alguno que haya dado a la libertad la muerte, no será, por cierto, el nuestro, que la adoraba, y que la llora. Permítannos, siquiera, este desahogo, y no lleven a mal que nosotros mismos disculpemos su obra, cuando decimos, no que ellos han dado, muerte a la libertad, sino que la libertad no existe; que esa libertad que buscábamos, es una ilusión y una quimera.

Afortunadamente, nos han dejado la facultad de decirlo, sin faltar a la ley. Cuando han querido erigir en artículo de fe política una opinión controvertible, un principio abstracto, han consignado en la Constitución política la palabra *soberanía*. La palabra *libertad* no pudo venir a cuento: no se consigna por la ley su existencia; y sin faltar a la ley, y, desgraciadamente, sin faltar a la verdad, podemos decir que esa ninfa Eco de la política, ni representa un objeto, ni representa una idea, ni representa una causa, ni representa una doctrina. Representó una esperanza, porque era, acaso, una memoria. Pudo ser un grito de guerra, un distintivo de una bandera, como lo es un color azul, rojo o blanco; como puede serlo otro grito cualquiera, como el Santiago de nuestros antepasados. Pero no fue más. Un distintivo no es siempre un objeto real. Escuela liberal, ejército liberal, no significan ya que lo que defiende el uno, que lo que la otra proclama, es la libertad. La libertad, lo que creíamos libertad, debemos creer que no existe, o que su existencia es independiente de las formas políticas.

Pero la libertad existió, La libertad es una palabra desenterrada de la antigüedad, para la cual representaba lo que no puede significar para nosotros. En una sociedad fundada sobre la esclavitud, se sabía muy clara y muy distintamente lo que era la libertad social.

En una legislación donde no todas las clases gozaban de los mismos derechos, bien se comprendía lo que era libertad civil.

En repúblicas, aparentemente democráticas, y donde de hecho y de derecho inmensas clases de la Nación estaban privadas del voto en las Asambleas y de la participación en la formación de las leyes, hartos se sabía lo que era libertad política. En el antiguo Derecho de gentes, en la organización de los pueblos antiguos, en que la guerra era la conquista, y la conquista la desaparición y la servidumbre del pueblo conquistado, la demolición de sus ciudades, el repartimiento de sus tierras, la explotación de sus personas; libertad significaba también la independencia, la existencia, la vida.

Así eran libres en Roma los ingenuos, porque los demás o eran esclavos o extranjeros. Así eran libres en Atenas y en Esparta los ciudadanos, veinte mil hombres, o cien mil hombres, en tanto que un triplicado número de siervos trabajaban la tierra y ejercían la industria para ellos: la libertad era la ociosidad, la nobleza la dominación. Así era libre Cartago antes de ser arrasada por Roma; era libre Corinto y la Grecia antes de la conquista de Paulo Emilio; eran libres la España y las Galias antes de ser colonias y provincias del Imperio. Ser libre, era, para el hombre, ser amo, ser señor, ser vencedor; ser libre para una Nación, era serlo, ser pueblo; ser libre, era no ser animal doméstico, no ser bestia de carga, como lo eran en aquellos infelícísimos tiempos las nueve décimas partes del género humano. ¡Oh! Entonces significaba mucho la *libertad*. Era un precioso bien, era un distinguido privilegio. Porque la esclavitud, porque la sumisión era una condición horrible, y era la condición general.

Para poner fin a ese período desdichado; para hacer general a todos los hombres aquella libertad de excepción y de privilegio; para levantar a la especie humana del estado de embrutecimiento y abyección a que la reducían las instituciones políticas, legislativas y sociales de la civilización antigua; para establecer en el mundo la libertad del individuo, la igualdad de la ley entre los hombres, y hacer desaparecer del Derecho de gentes y del Derecho público sus principios de iniquidad y sus leyes de tiranía, se pronunció también una palabra que cambió la faz del mundo. Entonces, es verdad, aquella palabra no fue *libertad*: no se pronunció en la tribuna de las arengas, ni en la cátedra de los filósofos, ni en el real de los pretorianos: ni los filósofos, ni los soldados, ni los tribunos la sabían.

Aquella palabra era divina. Abrióse el Cielo para pronunciarla. Cantáronla los ángeles una noche en las alturas, anunciando la paz a los mortales. Los collados de la Judea y las rocas de la Palestina oyeron y vieron aquella palabra que se había hecho Hombre. Desde aquel centro del mundo voló al Oriente y al Occidente. El Hombre-Dios la pronunció desde lo alto de su cruz, como el soplo de una creación nueva; y todo fue consumado. Aquella palabra de libertad y de vida tomó un nombre más bello. Lazo de todos los hombres, unión de todos los pueblos, igualdad de todas las clases, hermandad de todas las razas y naciones, aquella palabra se llamó Religión.

Aquella libertad no había de perecer, y no pereció. Sin ella, tal vez las naciones del norte hubieran convertido a la Europa en lo que son ahora los páramos del Asia, donde acampan las naciones tártaras. Pero la semilla de la Religión debía prevalecer contra la

ferocidad de la conquista, y conservarse al abrigo del templo, dejando pasar el primer ímpetu de la barbarie septentrional, para, domeñarla después, y obligar al fiero Sicambro a prosternarse ante el altar.

En ninguna parte fue la Religión libertad, tanto como en España. La Nación, conquistada por los godos, organizose en Iglesia para no sufrir la esclavitud; y lo consiguió. Confundiéronse al fin esta libertad de los vencidos y la libertad de los vencedores; y la monarquía goda, ni fue un bárbaro despotismo, ni fue la triste explotación de una raza subyugada por una aristocracia conquistadora. La libertad social quedó para siempre enmedio de aquel período de calamidades, aunque vestida entonces de toscos ropajes y de groseras armaduras. La libertad social era siempre la Religión.

La libertad política y civil tampoco había perecido. Bajo el dominio de los pueblos del norte, la Europa no fue más esclava que lo había sido bajo la dominación romana. Sin embargo, no podía ser enteramente libre, porque las ideas y prácticas de libertad, que los conquistadores traían de sus bosques, no eran demasiado compatibles con la libertad de los conquistados. Así como la organización democrática de las antiguas repúblicas reposaba en la existencia de una gran multitud de esclavos, así la igualdad e independencia de los jefes e individuos de las naciones germánicas produjo en torno de sí el vasallaje del feudalismo. La libertad de la Edad Media era la independencia de los barones, de los señores, de las corporaciones, o de las ciudades, que se crearon también, al abrigo de sus muros, como aquellos al de sus torreones, una existencia propia y peculiar.

No había entonces naciones libres, pueblos libres. Muy por el contrario, la libertad, - como entonces se la concebía,- era la falta de nacionalidad: era la independencia de la naturaleza y de la fuerza: era absolutamente la libertad individual en su más amplia significación. Los criados, los dependientes, los soldados de estos hombres libres, no eran, no podían ser libres ellos mismos: ni lo deseaban, ni lo pedían, ni lo necesitaban entonces que no se comprendía la sociedad, sino organizada de aquella extraña manera. Siervos eran; vasallos se llamaban; pero su servidumbre, su vasallaje, enmedio de aquellos siglos rudos, no era una condición tan dura como la esclavitud antigua en tiempos que se llamaron más civilizados.

Entre el señor y el vasallo, más que derechos de fuerza, había lazos de obligación. La servidumbre de aquellos tiempos revestía el carácter de un pacto; inducía deberes recíprocos de asistencia, de sumisión, de trabajo, en el uno; de protección, de defensa, en el otro. Había de por medio juramentos y homenajes; y en el número de las virtudes, y como la virtud fundamental de aquella sociedad y de aquellos tiempos, se proclamó un sentimiento, que no era la libertad tampoco. Lealtad era su nombre.

La servidumbre feudal se hizo pesada y opresora, cuando los adelantos de la civilización comenzaron a dar la idea de que el trabajo se podía organizar de otra manera, y cuando la regularización del poder por los Reyes, hizo conocer las ventajas de la asociación de los pueblos, y de formarse en naciones, haciendo innecesario primero, y después embarazoso el señorío y la protección inmediata de los barones. Entonces empezó la lucha; entonces

empezó la revolución. Pero no era esta lucha a nombre de la libertad, no. Las dos clases podían invocar ese nombre, y más la clase opresora que la que quería emanciparse. Los que verdaderamente perdían la libertad, la independencia, los que iban a dejar de ser soberanos, eran los nobles y los pueblos privilegiados. Sus privilegios, sus franquicias, sus libertades, eran para el pueblo la tiranía.

El pueblo, al desear su emancipación, no llamó libertad a su deseo, porque aquel nombre estaba muy lejos de significar a los ojos de su buen sentido y de sus seguros instintos, la dependencia de la asociación, la sumisión a las leyes generales y a autoridades que tuvieran un centro común de obediencia, la elevación, en fin, de un poder grande y fuerte, como era necesario que se levantara para presidir a una nación vasta, para imprimirle una dirección homogénea, para hacer respetar los derechos de todos, para hacer desaparecer ante el nivel de la igualdad de las leyes, las tiranías particulares.

El pueblo no podía apellidar libertad, cuando ensalzaba en sus robustos hombros a la Monarquía; y era, sin embargo, entonces la Monarquía el poder popular. Eran los Reyes los tribunos de los pueblos contra los tiránicos señores: era el Trono el poder que era preciso a las naciones para emanciparlas, para constituir las, para abrir su seno al desarrollo de la civilización. La Monarquía fue entonces un hecho general, porque fue una necesidad. La civilización era la libertad social. La libertad política era la Monarquía. La civilización, la industria, el comercio, la imprenta, la navegación, consumaron la obra del cristianismo: los Reyes destruyeron el feudalismo, y la Europa moderna, y la civilización moderna, y la libertad moderna aparecieron.

Esa libertad, empero, no es perfecta, no: tampoco lo es la civilización. La libertad, como negación de toda esclavitud y de toda miseria, no puede existir cuando la civilización no ha llegado a descubrir el remedio de todas las miserias sociales. Si antes existían esclavos, si después hubo siervos y vasallos, ahora hay todavía, y siempre habrá pobres. El pauperismo es la esclavitud de los tiempos modernos; pero la civilización que remedia el pauperismo, es la única libertad en cuyos adelantos las clases pobres libran el remedio y la gradual y sucesiva mejora de su triste condición.

Los Gobiernos son impotentes al efecto. Las formas políticas no son influyentes para este fenómeno. El estado social le produce, cualquiera que sea la constitución de su Gobierno. En Rusia, como en los Estados Unidos; en la libre Inglaterra, como en la subyugada Polonia, gimen en la indigencia del mismo modo las clases menesterosas. Los ricos Vaivodas, aunque sean vasallos del Autócrata, son, a nuestro entender, mucho más libres que los infelices trabajadores de Derby, que entretienen el hambre quemando la efigie del primer Ministro. Lo repetimos: la libertad social, la libertad civil, es la civilización misma. Esa libertad existe en todas las naciones de Europa, cualquiera que sea la forma de gobierno. Y otra libertad no existe en ninguna parte, cualquiera que sea también la forma y organización de los poderes públicos.

La libertad de la industria, la libertad del comercio, la libertad de las artes, la libertad de las profesiones, la libertad del pensamiento y de la conciencia, la libertad del hogar doméstico y de la vida interior, patrimonio son ya de la Europa entera, producto de sus

adelantos sociales, no de una revolución política. La misma revolución francesa no podemos hoy decir si retardó o aceleró el desarrollo de esta civilización, que iba llegando de suyo a sus más remotas consecuencias, cuando tuvo lugar aquel espantoso trastorno. Lo que vemos es que la Francia no es la más adelantada de las naciones, y que la Alemania, que no tuvo revolución política, rivaliza con ella en prosperidad y ventura. La revolución francesa no adelantó para el espíritu humano más que lo que el tiempo transcurrido hubiera adelantado. Ejemplos terribles dejó en herencia a las generaciones futuras, pero verdades y descubrimientos, no tantos. No sabemos si Robespierre, y Saint-Just, y Danton, y Bonaparte después, eran hombres de dejar a la sociedad que dominaron, mayor suma de lo que se ha querido llamar libertad. Y sin embargo, no hay otra que la que ellos proclamaron. El poder, el Gobierno no se puede llamar libertad.

La participación en los actos públicos no es libertad tampoco. Al ejercicio de un poder muy limitado, muy pasajero, muy subdividido, no se le puede llamar así, sin un extraño abuso del lenguaje, sin un trastorno de las ideas, y tal es la mayor suma de libertad que producen los Gobiernos que se llaman libres. Estos Gobiernos son mejores que los otros, se dice, más beneficiosos, más ilustrados. Enhorabuena. Sea así; dígase así, llámeseles así, Gobiernos mejores.

Pero una mejora, un adelanto en la forma del Gobierno, una reforma en los medios de ejercer el poder público, ¿es por ventura lo que significa, lo que ha significado siempre aquella gran palabra? ¿Hemos desenterrado de entre las ruinas de su altar, aquel ídolo que presidía a los destinos de los pueblos y a las revoluciones que cambiaban la faz del mundo, y variaban la existencia de la humanidad, para reducirla a las raquícas proporciones de estas leves mudanzas, de estos trastornos parciales, que surcan, pero que no alteran la superficie de la sociedad, y que dentro de poco no distinguirá la Historia, así como desde una grande altura no se perciben las olas sobre la inmensa llanura del Océano? No: dejémosla en su antiguo pedestal y en sus formas gigantescas. No la reduzcamos a una figura de barro para tenerla como juguete sobre nuestras mesas. No la encerremos en la limitada esfera de las formas políticas. Todas ellas sujetan la libertad del individuo al poder de las autoridades, y al imperio de las leyes. Ninguna de ellas ofrece bastantes garantías de que las autoridades no puedan ser arbitrarias, de que las leyes no sean desastrosas e injustas.

Despótico puede ser el poder de las repúblicas; suave y humana la tiranía de un déspota. Libertad y república se llamó al triste Gobierno de Venecia. Libertad y república a la Francia de Robespierre. Despotismo al Imperio de Antonino y de Trajano, despotismo al reinado glorioso de Carlos I, y a la ilustrada administración de Alejandro de Rusia. Despotismo se llama hoy al estado de las naciones del norte de la Europa; y a la condición en que se hallan varios Estados de nuestras antiguas Américas, ¿se le quiere llamar libertad!

¡Y también a la nuestra!... ¡También a la triste dominación de un partido! ¡A la aristocracia de una clase, al exclusivo mando de una secta política... se le quiere dar ese nombre! ¡Qué trastorno en las ideas y en las palabras! Somos más libres que los franceses, que los ingleses, se nos dice por todos los tonos. -Nosotros no sabemos ya lo

que eso significa. Los realistas eran más libres en tiempo de Fernando VII. Los moderados eran más libres antes de la revolución de setiembre. Los carlistas serían más libres con D. Carlos. Los progresistas, son libres ahora. ¿Es eso lo que nos quieren decir? Dígasenos, empero: «ahora estamos mejor gobernados.»-Eso lo comprenderíamos; pero entonces no podríamos convenir, -harto a pesar nuestro,- en que estábamos mejor gobernados que otros pueblos. Y cuando, como en recompensa de ese buen Gobierno, nuestros fanáticos políticos se atrevieran a decirnos que teníamos más libertad, ya no nos podrían alucinar, ya sabríamos qué responder a su absurda blasfemia.

No: los Gobiernos no necesitan principios falsos para sostenerse. Las instituciones no necesitan para conservarse, nombres que no son los suyos. El poder público en los Gobiernos de Europa no es la libertad. La libertad de Europa no hay ningún poder ni tiranía alguna que pueda destruirla. Está en el corazón de la sociedad: es la sociedad misma. Pero en el Gobierno no hay libertad Este nombre no puede figurar al frente de ninguna causa, al frente de ninguna persona, al frente de ningún partido que se apoya en una forma de Gobierno, porque no hay ningún Gobierno que pueda darla. Si hay alguna persona, si hay algún principio, si hay alguna mudanza política, que valga la pena de que los hijos de una misma Patria se aborrezcan, y luchen, y se degüellen, dígase así; pero no se diga más.-Vayan a morir los hombres a nombre de la revolución, o a nombre de la ley, a nombre de la independencia nacional, o a nombre de una dinastía querida; pero no se pronuncie esa otra palabra ilusoria y embriagadora; porque ni la ley, ni la revolución, ni una dinastía, ni la independencia nacional son la libertad. Son más o son menos, pero no son ella.

Por eso nos queda un consuelo. Si la experiencia política ha hecho desaparecer de nuestros corazones una ilusión muy halagüeña, al meditar profundamente sobre nuestro desengaño, hemos encontrado una verdad. Al desterrar el nombre sonoro de libertad de las regiones de la política, no lo hemos desterrado de la filosofía, ni de la Historia, ni de la sociedad. Al asegurar que nada significa en los artículos de una Constitución o de un Código, no hemos querido decir que no signifique mucho en el corazón del hombre.

La libertad no es un nombre político: es un nombre moral, como ha sido un nombre religioso. Representa un sentimiento del alma, no principio alguno de ningún sistema. Sintámoslo así: acatámoslo así; pero no creamos nunca que es el gran principio o el gran interés que se ventila en las tristes querellas de los partidos. Cuanto más independiente de ellos nos parece esa libertad, que consiste en los adelantos del arte y del saber del hombre, y en el conocimiento de su dignidad y grandeza, otro tanto debe aparecernos más firme y más incontestable.

Más grandiosa idea formamos de la libertad, los que creemos que no puede destruirla ni arrancarla un Emperador poderoso, que los que proclaman que puede darla un tribuno, o salvarla un motín.